

En busca de un tiempo perdido

José
Quezada

La historia de la música en el Perú no es sólo la historia de unos compositores y de sus obras. Es el devenir de una problemática sumamente compleja, de una lucha por la definición y el descubrimiento de una identidad cultural y por la conquista de una autenticidad dentro de todo un contexto cultural mayor, que pugna por lo mismo.

Una reflexión sobre la historia de la música como problema se hace impostergable ahora que constatamos que esta es una de las expresiones artísticas menos atendidas y, sin temor a decirlo, una de las menos desarrolladas. Son factores de capital importancia para acercarnos a la verdadera magnitud del problema de la música, una cabal comprensión del problema particular de la educación y la difusión, el desarrollo del gusto musical del "gran público", el desarrollo de una estética "peruana", la continuidad de los procesos y, en esto, la consolidación de una tradición. Además, no es deleznable mencionar el inveterado gran problema del apoyo infraestructural y una política cultural del Estado y del sector privado.

Una investigación histórica perfilada como aporte, debería tomar en cuenta los factores antes citados, entre otros que tal vez hemos omitido. Hagamos entonces un breve recuento de la evolución del proceso musical en nuestro país.

Durante los siglos del virreinato se desarrolla una intensa cultura musical alrededor de las iglesias y catedrales, una música que se va consolidando como propia, una expresión auténtica de un nuevo universo que surge en el encuentro de dos culturas completamente disímiles, que da lugar a un sincretismo de extraordinaria riqueza.

La música del barroco colonial es europea en sus técnicas —primero española y luego asimila el arte italiano del canto y de la escuela violinística, pero es criolla en el mundo expresivo que encie-

rra. Su mismo carácter religioso es expresión de un conjunto de creencias netamente criollas y mestizas. Los textos mismos, en los cuales se manifiesta este barroco criollo, son manieristas, culteranos, como precedentes de un mundo que quiere perpetuarse en creaciones magníficas, un mundo que busca incrementar y eternizar su propia bonanza.

El arte músico de la colonia es de gran interés y riqueza, expresión sincera y cabal de un mundo igualmente rico, que se quiebra a principios del siglo XIX, tras un proceso político y social justo e inevitable: la emancipación.

Pero tras el nacimiento de la república aparece la gran crisis de identidad cultural. Todo lo hispánico es cuestionado; se rompe la continuidad, cesa con brusquedad la gran tradición cultural de la colonia: el nuevo orden corta cualquier posibilidad de evolución, no existe para la nueva sociedad un arte musical con el cual se identifique.

Entre 1814 y 1834 el gusto italiano predomina, la ópera empieza vigorosamente a difundirse, —el romanticismo alemán tardará aún más de cincuenta años en aparecer en el escenario cultural limeño— la asimilación de lo europeo es entonces burda, la producción artística es repetitiva y aporta cualitativamente poco o nada. No obstante la cantidad de obras que son compuestas, la música es solamente fatuo deleite de una incipiente burguesía, que no alcanza a crear una expresión nacional significativa. La educación musical antes impartida en las capillas cae

en el más completo abandono, sin apoyo alguno del Estado, entonces más preocupado en crisis externas e internas, en luchas por el poder, incapaz de crear una política educativa y cultural significativa.

Nuestro siglo surge con la conciencia de tal problema: el intento de ligarse a una esencia nacional que a veces se torna confusa, imprecisa; intento que no siempre llega a plasmar un arte de dimensión amplia, en un ambiente donde el talento coexiste con la imprevisión, la falta de apoyo y la proclividad a la frustración. Entonces, la "gran solución" al problema de la música deberá remontarse a una necesaria crítica del pasado, a un estudio de aquello que no ha funcionado. La música en el Perú es una historia de obras silenciadas, de una distancia patética entre obra, compositor y público; de una educación sin logros masivos, de una ausente política cultural.

Hacer cultura aquí y ahora presupone llenar vacíos y superar errores, rescatar aciertos y consolidar aportes, y esto será posible sólo tras una crítica retrospectiva, tras una verdadera comprensión del pasado. Un pueblo capaz de desarrollar arte y arraigar cultura, de crear formas de verdadera cohesión social, está indudablemente en franca ventaja para asumir su propio desarrollo general y alcanzar una plenitud. En esa medida el redescubrir la música como expresión de singular valor y significado, es tarea ambiciosa pero impostergable en un país que precisa, hoy más que nunca, lograr su propia identidad